

En el laberinto del mestizaje: estudio crítico de una realidad beligerante

In the labyrinth of miscegenation: critical study of a belligerent reality

Ignacio Rodrigo Vera Rada¹

Resumen: ¿Cómo conseguir una convivencia pacífica y productiva, pese a las radicales diferencias de raza, clase, cosmovisión y religión? Es el problema que se presenta en casi toda sociedad al momento de plantearse su futuro; pero posiblemente a ningún país se le plantea, por una constelación particularmente complicada, de un modo más peligroso que a Bolivia. Este constituye no solo un balance en torno a dos miradas de sociedad y país, sino también un aporte para entender este tejido social complejo y contradictorio —fundado como país en 1825, pero formado ya mucho más antes— llamado Bolivia, pues mientras el boliviano no se interroga y contemple a sí mismo para resolver sus conflictos con el pasado, no podrá salir de las disputas que lo postergan desde hace mucho tiempo. Tampoco podrá construir un futuro coherente, un futuro que, creo yo, no es ni el de la uniformidad social mestiza ni el de las naciones dentro de la nación, sino sencillamente el de la convivencia racional en libertad.

Palabras-clave: Mestizaje, democracia en Bolivia, identidad, nación, populismo, liberalismo, mestizaje.

Abstract: How to achieve a peaceful and productive coexistence despite the radical differences of race, class, worldview and religion? It is the problem that arises in almost every society when considering its future, but possibly no country is posed, due to a particularly complicated constellation, in a more dangerous way than Bolivia. This constitutes not only a balance around two views of society and country, but also a contribution to understanding this complex and contradictory social fabric —founded as a country in 1825 but formed much earlier— called Bolivia, because as long as the Bolivian does not question and contemplate himself to resolve his conflicts with the past, he will not be able to get out of the disputes that have been postponing him for a long time. Nor will he be able to build a coherent future, a future that, I believe, is neither that of mestizo social uniformity nor that of nations within a nation, but simply that of rational coexistence in freedom.

Keywords: Miscegenation, democracy en Bolivia, identity, nation, populism, liberalism, mestizaje.

¹ Licenciado en Ciencias Políticas y en Comunicación Social por la UCB. Diplomado en Formación Docente para la Educación Superior (UCB) y maestrante en Teoría Crítica (CIDES-UMSA). Profesor del Departamento de Cultura y Arte de la Universidad Católica Boliviana San Pablo. Columnista regular de prensa. ORCID: <https://orcid.org/0009-0009-2535-0916>. Correo electrónico: ivera@ucb.edu.bo

I. Introducción

A diferencia de otros países americanos, como México, que han consolidado procesos de mestización relativamente fuertes o más aceptados por la sociedad, u otros, como Chile, Argentina o Estados Unidos, que apelaron a métodos de exterminación masiva en contra de los originarios², o incluso otros como Brasil, que con realidades sociales heterogéneas lograron una convivencia armónica apelando a la igualdad absoluta y la mezcla libre y sin trabas, Bolivia, sin inmigración masiva y constantemente debilitada por sus conflictos internos, mantiene una permanente tensión social que a lo largo del tiempo ha ido manifestándose a través de conflictos violentos y peleas esporádicas entre dos bandos definidos³, uno que hoy representa la sociedad “mestizada” (alineado hoy con las derechas políticas) y otro que encarna la indianidad (alineado hoy con las izquierdas), la cual se resiste a subsumirse o someterse a aquella. Salvando pocas excepciones que prefieren mantenerse al margen de esos dos grupos, lo que hay es una Bolivia fracturada en dos bandos: uno liberal-conservador (si es que vale esta categoría aparentemente contradictoria) y otro nacional-popular⁴. Ambos tienen aspiraciones diferentes en cuanto a economía y nación e identidad se refiere, pero no en cuanto a formas de asociación, organización ciudadana y toma de decisiones. La forma de pensar de cada uno es aparentemente distinta, pero en realidad es bastante similar a la del contrario. Y dado que ahora Santa Cruz está cobrando más protagonismo, la lucha se ha hecho, además de política y social, interregional. Cada uno de aquellos dos bandos tiene una mirada diferente sobre cómo debería ser el Estado boliviano, y, por tanto, pretende la construcción de un modelo diferente de país.

Debido a un fenómeno mundial y local, a partir del último tercio del siglo XX, se comenzó a reivindicar cultural y políticamente al subalterno. Entonces emergieron en varios países latinoamericanos movimientos indigenistas e indianistas que se fueron uniendo a los partidos de izquierda con el fin de acceder al poder. En Bolivia, el indigenismo político cobró forma en el Movimiento Al Socialismo (MAS), partido que se define como “Instrumento Político por la Soberanía de los Pueblos (IPSP)”. Ese fenómeno supuso un replanteamiento de la política, de los imaginarios colectivos y de la cultura y la identidad. En muchos sentidos, el fenómeno MAS se puede comparar con el fenómeno del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), ya que significó un drástico giro de la filosofía y el horizonte del Estado en un momento particularmente significativo. Una de sus consecuencias fue el cuestionamiento no solo del mestizaje, sino de la misma *bolivianidad*, que hasta esa fecha había sido una identidad exenta de cuestionamientos tanto académicos como políticos. El mestizaje se comenzó a

2 En estos países, los pueblos originarios son pequeñas minorías.

3 Críticos como somos, no somos proclives a la simplificación de la compleja trama social boliviana, pero es indudable que, incluso para un ojo crítico, la sociedad boliviana de la actualidad, con algunos grupos minoritarios que ejercen una actividad crítica, está dividida en dos bandos muy perceptibles.

4 En nuestros días, la dicotomía liberal-conservador / nacional-popular puede denominarse también *pitismo* / *masismo*.

poner en cuestión, tildándose el concepto de mestizo como un absurdo carente de esencia, simplificador e interesado, que encubría la realidad plural y múltiple que había en Bolivia; historiadores, antropólogos y sociólogos afines a las nuevas tendencias políticas de izquierda comenzaron a lanzar sus dardos contra él. En suma, el MAS, al igual que el MNR en su tiempo, supuso la introducción de un nuevo paradigma de Estado con una ideología propia y original.

A comienzos de la segunda década del siglo XXI, aparecieron dos libros que, como si evocaran aquella disputa intelectual entre Arguedas y Tamayo cuando la era liberal estaba en su apogeo, pusieron en la palestra pública el asunto del mestizaje nuevamente: *La sirena y el charango: ensayo sobre el mestizaje* (Mesa, 2013) e *Identidad boliviana: nación, mestizaje y plurinacionalidad* (García Linera, 2014). Ninguno suscitó en la comunidad académica boliviana el interés que merecían, pese a que ambos tuvieron gran difusión, y, en el caso del primero, varias ediciones. Y es que tanto *La sirena y el charango* como *Identidad boliviana* poseen tal vez el pensamiento más integral de sus autores en lo que respecta a sus visiones sobre Bolivia, además de que, podría decirse, representan las dos visiones de país encarnadas en los dos grandes grupos hoy enfrentados políticamente en Bolivia.

Este trabajo —netamente teórico— tiene el objetivo de llenar aquel vacío, confrontando críticamente las ideas de dos pensadores bolivianos que abordaron, desde epistemes distintas, la cuestión del mestizaje y la identidad boliviana en la segunda década del siglo XXI: Carlos D. Mesa Gisbert y Álvaro García Linera. Considero que los dos libros que publicaron al respecto inauguran un nuevo momento en torno al análisis y el debate sobre el mestizaje, cada uno desde perspectivas políticas muy distintas y, por supuesto, desde marcos teóricos diferentes de los que situaron a los grandes pensadores bolivianos del pasado que trabajaron este asunto. Creo que las miradas de Mesa y García Linera, aunque poco críticas ante la realidad, son importantes no solo porque abordan la cuestión del mestizaje desde perspectivas distintas, sino también porque, como ya dije, conllevan a su vez propuestas y proyectos de país distintos. Podría decirse que *La sirena y el charango* e *Identidad boliviana* inician un nuevo gran debate de cara al futuro boliviano. Este trabajo es parte de la tesis titulada *En el laberinto del mestizaje: Estudio crítico de una realidad beligerante*, presentada para la obtención de la maestría en Teoría Crítica, del CIDES-UMSA.

Aparte de todo esto, deben mencionarse otros trabajos en torno al mestizaje, tales como *Traumas e ilusiones: el “mestizaje” en el pensamiento boliviano contemporáneo*, de Luis Claros (2017); *Más allá de lo mestizo, más allá de lo aymara: organización y representaciones de clase y etnicidad en La Paz*, de Rossana Barragán (2009); *Entre polleras, lliqllas y ñañaacas: Los mestizos y la emergencia de la tercera república*, de la misma autora (1991); *Un mundo ch'ixi es posible: ensayos desde un presente en crisis*, de Silvia Rivera Cusicanqui (2018). *Creación de la pedagogía nacional*, de Franz Tamayo (1997), y *Pueblo enfermo*, de Alcides Arguedas (1997), aunque mucho más antiguos

y de características más generales en cuanto al tratamiento del mestizaje, también deben ser mencionados, ya que este trabajo se basa en esos estudios.

II. Estado del arte y marco teórico

El debate teórico sobre el mestizaje es de vieja data y muy abundante, por lo cual mencionaré solamente sus más importantes referentes y momentos. Indirectamente, ya habló de este el cronista potosino Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela (1965/1705), quien estampó en las páginas de su *Historia de la Villa Imperial* el signo de la superposición de capas sociales y razas, todas en conjunción para dar como resultado final una síntesis que, para el autor, hechas las sumas y las restas, es un producto del cual se puede sentir orgullo. Arturo Uslar Pietri dijo sobre aquel autor:

Arzáns continuamente recuerda y proclama su condición con mucho orgullo. Se sentía heredero y actor de la gran suma de diferencias y, por lo tanto, radicalmente distinto de lo que originalmente pudieron significar por separado las herencias de españoles y de indios (como se citó en Baptista Gumucio, 2021, p. 58).

Luego de Arzáns, los dos grandes referentes teóricos para discutir el mestizaje son Alcides Arguedas y Franz Tamayo, quienes pusieron el asunto en la palestra del debate a través de sus obras *Pueblo enfermo* (1997/1909) y *Creación de la pedagogía nacional* (1997/1910), respectivamente. Ahora bien, esto no quiere decir que, entre el tiempo de Arzáns y Arguedas-Tamayo no hubiera reflexiones sobre el asunto, pues en todo ese tiempo se produjeron muchas disquisiciones intelectuales (tanto en la literatura como en la sociología propiamente) (Albarracín Millán, 1978), que, directa o indirectamente, abordaron el tema de la condición biológica y cultural del boliviano, pero no tuvieron la fuerza necesaria para ponerla en el escenario político e intelectual de manera permanente⁵.

Arguedas y Tamayo se aproximaron a los tipos raciales bolivianos desde miradas básicamente positivistas, aunque con matices diferentes. Mientras que Tamayo recurrió al voluntarismo nietzscheano y al nacionalismo germanista de Fichte, de Schopenhauer y, en cierto grado, de Goethe, Arguedas se sirvió de la filosofía de la historia carlyleana y la sociología tainiana. Ambos estaban obsesionados con la idea de moralizar al boliviano; sin embargo, miraron al sujeto mestizo con valoraciones harto diferentes: Arguedas lo consideraba un depositario de los vicios del peninsular y del indio, pero Tamayo veía en él al posible arquetipo boliviano del futuro. Es por esto último que luego el nacionalismo revolucionario capitalizó ciertas tesis de la *Pedagogía* de Tamayo para su cuerpo ideológico e incluso barajó el nombre del ilustre pensador paceño para que integrase la dupla presidencial junto con Víctor Paz Estenssoro en las

⁵ Desde el fin del liberalismo de principios de siglo hasta la antesala del nacionalismo revolucionario, el mestizaje no estuvo en la palestra pública del debate, o por lo menos no tuvo protagonismo en ella.

elecciones de 1951. Y es por ello que no sin razón Tamayo puede ser considerado un protonacionalista.

Otro hito importante en el debate sobre el mestizaje se dio cuando irrumpió en la arena ideológica y política el MNR. En realidad, aquella aparición del mestizaje como símbolo de la bolivianidad fue resultado no del MNR propiamente, sino de la progresiva generación de conciencia de clase que originaron tanto la explotación minera de los barones del estaño como la situación de la tierra entre el pongo y los terratenientes, y, fundamentalmente, del traumatizante conflicto bélico que se había desatado entre Bolivia y Paraguay a comienzos de los años treinta. Entonces el debate sobre el mestizaje cobró vigor nuevamente, se renovó, pero ya no solo en el ambiente intelectual, sino además en el político, pues el MNR propuso —y luego implementó— una serie de políticas orientadas a la consolidación de una identidad común cuyo basamento debía ser el mestizaje. Ahora bien, es importante decir que aquel mestizaje nacionalista no se enorgullecía del pasado colonial —aunque sí lo reconocía implícita e indirectamente—, como sí lo hacía Arzáns, sino más bien lo execraba. Es por eso que construyó el relato identitario mestizo no a partir del Potosí colonial, sino del extinto imperio de Tiahuanacu.

Pasados los doce años de la Revolución Nacional, el debate sobre el mestizaje y las políticas públicas orientadas a la consolidación de ese fin se apagaron, o por lo menos redujeron notablemente. Por una parte, porque comenzaron a estar mucho más en boga las corrientes del socialismo internacional en detrimento del nacionalismo (fenómeno en gran parte debido al fin del fascismo y la prevalencia del socialismo mundial), y, por otra, porque el ambiente dictatorial iniciado en 1964 hizo que tanto intelectuales como políticos dedicaran sus intereses y energías a otras polémicas y reflexiones.

III. Metodología

La presente investigación se elaboró contrastando ciertos eventos históricos con noticias y observaciones directas de la actualidad, todos relacionados con el racismo y el mestizaje. El método fue la comparación tanto teórica como observacional de fenómenos que giran en torno a los fenómenos sociales que marcan la segregación de la masa social boliviana. Para ello, se recurrió a autores y material teórico (fundamentalmente sociólogos y pensadores políticos indígenas), pero también a observaciones de la cotidianeidad fruto de mi propia experiencia. Para la parte del análisis de la discriminación racial, se tomaron en cuenta el *Diccionario de la lengua española* (Real Academia Española, s.f.) y la legislación boliviana que penaliza el racismo, como la Ley 45 promulgada en 2010. Ley contra el racismo y toda forma de discriminación.

IV. Hallazgos

Nos hemos planteado la siguiente pregunta para comprender esta problemática: ¿Cuáles son los factores psicológicos y sociales vinculados al mestizaje (y sus características) que originan la conflictividad contemporánea de la sociedad boliviana?

IV.1. Sobre el racismo “al revés”

Remárquese de entrada que el mestizaje (en su acepción política, que es la que nos interesa ahora) se entiende como mezcla entre lo europeo y lo indio, entre lo blanco y lo autóctono, entre lo europeo y lo americano-nativo, y además entre lo blanco-masculino y lo indio-femenino y no entre todas las variantes originarias de América o del mundo, como con mucho candor creen algunos columnistas de prensa que defienden el mestizaje simplificador. Así, un hijo de padre aimara y una madre quechua no es un mestizo: sigue siendo un originario. Pues si asumiéramos el mestizaje en este sentido, todos los habitantes del planeta serían mestizos y no habría problema alguno en aceptar esta realidad.

El problema está en la aceptación del mestizaje entre sujetos históricamente opresores (blancos europeos y sus descendientes) y sujetos racializados (indígenas originarios). Como el asunto tiene que ver con asimetrías de poder y una historia de dolor, el mestizaje es difícil de ser asimilado, sobre todo para los segundos. Pero este fenómeno de resistencia al mestizaje ha conducido a otro fenómeno que podría llamarse inverso: el racismo “al revés”.

Expliquemos cómo se dio.

Casi todos se han dado cuenta de que el paradigma del Estado Plurinacional es en realidad un camino hacia la indianización del Estado boliviano. En pocas palabras, el Estado Plurinacional es el eufemismo, la insinuación de un Estado indio. Aunque no lo diga explícitamente y no lo haya logrado del todo, su filosofía y su lógica operativa se basan en una paulatina eliminación de las élites tradicionales bolivianas, para dar paso casi exclusivo, cultural y políticamente hablando, al históricamente marginado. Aunque, en realidad, ya no es una verdad tan secreta. Muchos pensadores indianistas —jóvenes afines al masismo la mayor parte— dicen sin tapujos que hay que indianizar el Estado. Esta empresa supone una serie de medidas y pasos de tipo político, muchos de ellos ya ejecutados (como el reconocimiento de la justicia comunitaria), y otros de tipo cultural, todavía inalcanzados (por ejemplo, la meta de que la selección de fútbol esté integrada por personas apellidadas Mamani o Quispe, o de que los más importantes certámenes de belleza femenina sean ganados por mujeres que lleven esos apellidos). Los teóricos indianistas más radicales van más allá todavía: hay que ir eliminando físicamente en todos los espacios al blanco y a las élites tradicionales para acaparar el poder del Estado en todas sus formas.

El caso de la política es particular. En el plano político, los líderes indigenistas, indianistas e izquierdistas (todos ellos con lazos comunes entre sí) no lo dicen con tanta claridad, pero su objetivo es el mismo. Por ejemplo, su “nosotros” discursivo nunca es inclusivo, sino exclusivo: pretende unificar las fuerzas del históricamente marginado no con el fin de construir puentes con las élites tradicionales, sino con el de suprimirlos. En varias postulaciones para trabajos, antes que los méritos, se ve el fenotipo, y si este es blanco, de entrada se niega el trabajo a quien lo posee. García Linera (2014) lo dice sin ningún disimulo:

Hoy, en tiempos de Evo Morales y de los movimientos sociales, ni la “blanquitud” de la piel ni la “blanquitud” cultural concentran privilegios; al contrario, como lo demuestran los mecanismos de conformación de nuevos prestigios y méritos en los procesos de selección de los servidores públicos en el Estado Plurinacional, la exhibición de la pertenencia indígena o el aval de las organizaciones indígenas son los más solicitados al momento de postularse a cargos, desde las comandancias militares, tribunales o estructuras parlamentarias (p. 52).

Esta manera de operar no puede ser sino antiliberal y discriminadora. Y esta manera de ver el presente y el porvenir del Estado ha ido generando fracturas sociales que, pese a haber una ley que los sanciona, fomentaron directamente el racismo y la discriminación (esta vez inversos). El intento de indianizar el Estado tiene relación con una mirada fascista, en el sentido más justo y académico de este término. El hecho de que la Constitución boliviana trate de convertir al país en un Estado indio trata, a su vez, de relegar a las élites blancas y a gran parte de las clases medias que poco o nada tienen que ver con el mundo indígena, lo cual, en vez de restañarlas, más bien profundiza las animadversiones históricas de clase y raza que se acarrean desde muy atrás. La discriminación, y no la integración, es la filosofía del proyecto plurinacional del MAS. Pero no se la denuncia, pues desde hace años existe en el mundo una tendencia a denunciar las iniquidades sufridas por el subalterno y a soslayar las injusticias que, a fuer de reivindicación histórica, son perpetradas por este; en este sentido, lo políticamente correcto y el nuevo sentido común juegan un rol preponderante y muy negativo.

Que el racismo haya sido históricamente protagonizado por las élites blancas y haya sido sufrido por las masas indígenas hizo que el fenómeno fuera estudiado de manera unidireccional, sin tenerse en cuenta que, aunque en casos muy aislados, el racismo también puede manifestarse de manera radicalmente opuesta. Ergo, los intelectuales de nuestro tiempo, a diferencia de los de ayer, tienden a exaltar lo subalterno y lo históricamente marginado. Y está bien que lo hagan, si lo consideran provechoso. Pero haciendo eso lamentablemente tienden a caer en falacias que debilitan sus argumentos, unos que, por estar en perfecta sintonía con las modas políticas del momento, logran cautivar con pasmosa facilidad a las masas lectoras —generalmente acríticas y eufóricas— que consumen su literatura.

Uno de los tópicos más trabajados actualmente y que más polémica causan es el del racismo. Se dice que el racismo es una forma de violencia discriminadora unidireccional; vale decir, que únicamente puede partir de un sector privilegiado (el que lo asesta) hacia otro vulnerable (el que lo sufre). En torno a ese aserto ya generalizado existen muy pocas voces disidentes, ya sea porque hay poca actividad cuestionadora ante lo intelectualmente estandarizado y lo políticamente correcto, ya porque existe un miedo a ser rechazado por la masa por tener una opinión diferente a la del intelectual popular que teoriza por y para el subalterno. Y lamentablemente, en los países subdesarrollados, que son en donde más fuerza tienen estos convencionalismos, el escritor actúa no en función de la crítica, sino más bien del cálculo político, de lo que se espera que diga y no de lo que en verdad cree.

Pero el racismo, así como el amor, el odio y todas las emociones y manifestaciones que son denominador común del género humano, no es privativo de un grupo social únicamente. Si bien es indudable que se manifiesta mayoritariamente en un grupo social (las élites tradicionales blancas, en el caso boliviano) y es sufrido por otro (la sociedad indígena), también lo es que en varios casos dignos de atención el racismo se manifiesta radicalmente a la inversa. Este racismo a la inversa puede evidenciarse en algunos hechos históricos como la masacre de Ayo Ayo, durante la Guerra Federal, y mucho más recientemente en los dichos y escritos de diferentes políticos e intelectuales aimaras, como Felipe Quispe (Pérez Munguía, 2022; Qhispi Wanka, 1990), David Choquehuanca (Condori, 2022) o el adalid teórico y político del indianismo desde hace muchas décadas, Fausto Reinaga (1970).

¿Dónde está su racismo? ¿Cuáles son sus características o cómo se manifiesta? Sobre esto podría hacerse un estudio comparativo minucioso, pero digamos que en general todos ellos hablan de la indianidad como un elemento de superioridad, como una cualidad sine qua non de pureza, armonía, corrección y autenticidad y como un baluarte étnico-biológico que habría que cuidar para que no se mancille con la mácula de la blancura foránea, depositaria de todos los vicios que llegaron con la conquista española. Contrariamente a lo que piensa o quiere hacer pensar García Linera, muchos representantes del movimiento indianista no defienden una identidad aimara que incorpora o integra los aportes de la colonia, sino que los rechaza para volver a un estadio política y socialmente primigenio. En conclusión, y al igual que los nacionalsocialistas respecto a la raza aria u otros grupos celosos de la pureza de su sangre, ellos tienen a la indianidad como un elemento de supremacía frente a las demás razas, depositarias de vicios, depravaciones y maldades. Lo que todos ellos olvidan o nunca supieron es que las culturas son mezclas; de hecho, la gran cultura no podría ser posible sin procesos simbióticos —muchas veces traumatizantes— (¿alguien podría decir acaso que la *Eneida*, la *Divina comedia*, *Cien años de soledad* o la *Novena sinfonía* de Beethoven no son obras hijas del conflicto y la superposición de culturas y credos?), pues, así como la cultura imperial de Roma era tanto griega como romana y

la abasida era griega, árabe y persa, la cultura del Imperio incaico estaba impregnada de resabios culturales de otros pueblos sometidos a su yugo. En realidad, en la historia del mundo, fueron los imperios autocráticos —a veces despóticos— los más tolerantes con las manifestaciones culturales plurales. Y esto porque quizás se dieron cuenta de que si se empeñaban en permanecer en la xenofobia o la intolerancia cultural, la cultura estaría condenada al fracaso.

Es importante razonar lo siguiente: si decidiéramos eliminar la cultura que legó el Imperio español con la esperanza de “salvar” o reconstruir la “pureza” de la cultura inca, estaríamos defendiendo la cultura de un imperio no menos brutal y violento que el de los españoles, el cual sometió violentamente a otros pueblos y culturas militarmente menos fuertes, como el huanca, el cajamarca, el colla o el lupaca. Hay que comprender que durante varios siglos, la conquista imperial y la guerra eran el signo del mundo; eran algo así como la ética de la política.

Nadie sabe cómo resolver este peliagudo conflicto de la herencia cultural. Pero yo creo que no hay que resolver nada, sino solo asistir al espectáculo que es el producto cultural y artístico, pues indagar el origen cultural, creyendo en un relato simplista de buenos y malos, no conduce a ninguna parte y es un laberinto imposible.

Quiero reiterar que es indudable que la mayor parte de las manifestaciones de segregación y rechazo sociales de los indígenas bolivianos representa en realidad un freno, una defensa, una resistencia frente a las manifestaciones racistas de las élites tradicionales, pero también es indudable que la sociedad indígena no está exenta de ser racista y discriminadora con quienes no poseen sus mismas características fisionómicas, somáticas, fenotípicas o incluso culturales. Que Choquehuanca se refiera en sus discursos públicos a su —pretendido o verdadero, eso no importa— rancio abolengo inca, que Quispe hable de la corrupción de la nación aimara cuando esta convive con la sociedad blanca y de la creación de centros universitarios para indios solamente y que Reinaga proponga el arrinconamiento progresivo y la eventual eliminación física del blanco para la indianización del Estado (Estado que, según su obra cumbre, *La revolución india* (1970), es una rara mezcla del Tawantinsuyo con los adelantos de la tecnología occidental), donde no existen más ya ni la maldad ni la decadencia, son pruebas de que el racismo puede tener un flujo de relación inverso y diferente al que se conoce ya por todos. Y no solo de que puede tenerlo, sino además de que existe en nuestra realidad. Así, no es imposible que el no-indígena pueda también ser discriminado por su cultura eurocentrista, su blancura cutánea, su idioma y su fenotipo.

En nuestra sociedad racista y racializada, hay personas de raigambre indígena (una reducida minoría, eso sí) que no reniegan de su condición indígena y jamás se esfuerzan por “blanquearse”, sino que, al contrario, se sienten orgullosas de su ascendencia, enaltecen la indianidad, profesan la superioridad de su sangre y evocan con nostalgia las estirpes del extinto Imperio inca o de los señoríos collas, como si los llamados “signos

raciales” significaran alguna cualidad espiritual o social característica. Reivindican la caprichosa biología antropológica como fundamento de una moral colectiva; el destino histórico, para ellas, está basado en el determinismo biológico, cuyo fundamento es ya un disparate inadecuado para los tiempos actuales. Este determinismo biológico funda otro más: el determinismo cultural, que consiste en la exaltación de la cultura propia como si fuera superior a la foránea. Entonces ya no hablamos solamente de diferencialismo racial, sino además cultural. De este modo, la cultura propia se convierte en blasón y la extranjera en insulto. Todo ello deviene locura o histeria colectiva que tienen el objeto de mantener intacta la prístina pureza de la raza o de recuperar las raíces culturales de los pueblos originarios, eliminando a las culturas intrusas.

El ordenamiento jurídico boliviano, en teoría, penaliza los actos de discriminación sin ver de qué sector social provienen; el derecho condena el racismo y no deja de condenarlo —no debería— aun si existen manifestaciones racistas que provengan de indígenas. El *Diccionario de la lengua española* (Real Academia de la Lengua Española, s.f.) en las tres acepciones que brinda sobre la palabra racismo, conceptúa el vocablo como la creencia que sustenta la superioridad de un grupo étnico sobre otro u otros, sin mencionar en ninguna parte que esta creencia pueda ser privativa de blancos o caucásicos solamente (definición 1, 2, 3). Estas son pruebas de que el racismo no es privativo de los grupos tradicional e históricamente dominantes y de que puede estar también muy internalizado en el espíritu del subalterno boliviano. Que la sociología de los intelectuales que escriben para defender al indígena afirme que solamente puede provenir de unos hacia otros es, en realidad, una extensión más del discurso político hoy en boga. O de la mojjigatería académica hoy de moda.

Hay que añadir que el racismo es una forma de discriminación más dañina que el clasismo, porque mientras este es pragmático (si el otro es pobre, funciona con insidia, pero si es rico y su compañía reporta beneficios, su ferocidad puede volverse incluso servilismo), aquel toma en cuenta únicamente el fenotipo y por eso mantiene invariable la hostilidad hacia el otro, sea este inteligente o idiota, ilustrado o ignorante, rico o pobre.

IV.2. Sobre el mestizaje

En la actualidad, hablar sobre el aspecto biológico —decir, por ejemplo, que se tiene una piel más clara que otra o unos rasgos más o menos indígenas que otros— puede resultar anacrónico, además de antipático. El aspecto cultural, por otro lado, y como hemos ido viendo, es azar relativo, líquido y cuestionable. Salvo contados personajes como Franz Tamayo Solares o Andrés de Santa Cruz y Calahumana, quienes tuvieron en sus venas mitad de sangre india y mitad de sangre europea, hoy nadie puede afirmar que, conforme a las categorías raciales de la colonia, es un mestizo. Además, hay que recordar que todas las razas humanas provienen de un sinfín de mezclas a partir de un probable monogenismo remoto dispersado por causas presumiblemente

medioambientales y, por tanto, que toda nación es innatamente mestiza, lo cual hace que cualquier presunción de pureza racial sea hueca o ridícula. Las naciones se creen cohesionadas por antiguos vínculos lingüísticos, religiosos o culturales que, en la línea del tiempo de la historia total del mundo, podrían significar lo que significa un parpadeo en un día de cualquier ser humano. El mundo avanza hacia la eliminación de diferencias biológico-étnicas, tanto como para decir que hoy la palabra mestizo es todo y nada. Dice mucho y por decir mucho dice muy poco.

De todo esto podemos colegir que el mestizaje como categoría biológica y cultural es un sinsentido. Pero lo polémico está en su contenido político, pues se diría que afirma implícitamente que unos son humanos (resultado del roce cosmopolita) y otros son casi bárbaros, lo cual causa repudio en muchas esferas sociales.

Pero en Bolivia ocurre un fenómeno peculiar. De acuerdo con los dos grupos analizados en el capítulo “La transversalidad nacional” del libro de García Linera (el nacional-popular y el liberal conservador), tenemos que el mestizaje es hoy una categoría asimilada por el segundo grupo y rechazada por el primero. La propuesta del mestizaje universal, por consecuencia, no se ajusta a la realidad de dos identidades tan distintas y menos las puede aglutinar. Y es que casi todos los que ahora se identifican como mestizos tienen una vinculación más próxima (a veces más deseable que real) a los influjos biológicos de ultramar que a los pueblos prehispánicos de América. El mestizaje, ergo, no es el “justo medio” entre lo originario y lo europeo, y se ha vuelto una reivindicación política y no una lectura objetiva de la realidad. En muchos casos, es nada más que una apariencia.

En el capítulo “Identidad relacional y alteridad”, García Linera (2014) afirma que “toda identidad es una pertenencia que hereda el devenir histórico de su referencia social; y, en ese sentido, es una caracterización, es la lealtad a un contenido definido” (p. 10). Con esto tenemos que toda identidad es flexible, movable, cambiante, y de ninguna manera estática. Si ser indio en la colonia fue un estigma negativo, hoy ya no lo es, al menos para quienes reivindican la indianidad desde sus variantes radicales: más bien se ha convertido en un baluarte de supremacía frente a los demás. Si ser “cunumi” antes era un atributo de superioridad en el pueblo guaraní, hoy es ya una etiqueta peyorativa en el oriente. Algo similar puede decirse respecto al blanco, aunque con salvedades: si ser blanco hace un siglo era sinónimo de supremacía racial y, por consecuencia, de privilegios en la vida pública, hoy lo es de menos posibilidades de ingreso en el aparato público. Como podemos ver, en estos tres casos, el valor de la identidad se modificó, mutó.

Repasemos nuevamente un poco la historia.

Si bien los pueblos precolombinos estaban lejos de vivir en sociedades igualitarias e ideales, es cierto que la idea del mestizaje como categoría de segregación social vertical vino con los europeos. En ese sentido, se debe saber que el mestizaje como categoría política, ya en el periodo republicano, supuso un componente de discriminación o de

jerarquización de arriba abajo; nunca fue un criterio de categorización horizontal. Estas aseveraciones se evidencian viendo las fuentes teóricas de los mismos Arguedas y Tamayo, que fueron Spengler, Spencer, Darwin, Comte, Carlyle, Nietzsche, pensadores todos ellos que clasificaron la sociedad en función de las capacidades individuales o el potencial racial. Los más radicales, como Spencer, llegaron casi a hacer una taxonomía biológica de los seres humanos respecto a sus potencialidades como raza y sus posibilidades de éxito en la vida.

Entonces el mestizaje no se puede entender como una fusión entre dos elementos de igual fuerza que obtendrá un resultado con características (potencialidades, virtudes y defectos) proporcionalmente equilibradas de ambos, sino como una aleación que pretende un producto en el que uno de los dos elementos mezclados (en este caso el blanco) tenga más fuerza que el otro (y la vaya teniendo todavía más en el curso de las generaciones). Entonces el mestizaje, como toda fusión social, posee un eje articulador (lengua predominante, costumbres preponderantes, etcétera), y así es un ensayo de asimilación de varias identidades a una identidad superior, o sea, una identidad jerarquizada y organizada en función de las relaciones políticas que hace pensar, aunque sin razón, que existe una nueva identidad mestiza que eliminó las identidades dispersas o que al menos las armonizó en un todo común.

Algunos historiadores han demostrado que ya en la colonia el mestizaje era una categoría relativamente cultural, pues había indios que, por hablar español, saber algún oficio de mestizo y ser ciudadanos, eran considerados mestizos. Los procesos de aculturación acabaron por romper las barreras que había entre los indígenas y las élites. En casos singulares y extraordinarios, los españoles o criollos llegaron a considerar que los indígenas mestizados eran iguales que ellos, y aquellos se sintieron iguales que estos. En ese caso, se habla de un mestizaje puramente cultural, lo cual demuestra palmariamente que el mestizaje es un proceso hacia la europeización cultural, y no a la inversa. Se necesita solo un poco de honestidad intelectual para reconocer que el mestizaje que hoy abanderan quienes son sus apologetas es antiindígena, ya que esta categoría ha reemplazado a la de blanco, hoy superada en casi todo el mundo.

Hoy en Bolivia, casi todos quienes no quieren ser indígenas —entre los que hay incluso muchos indígenas netos— se reconocen como mestizos. Basta mirar los apellidos y el fenotipo de los que durante todo este tiempo lo reivindicaron para darse cuenta de que el mestizaje es la trinchera identitaria de las clases tradicionalmente dominantes —pero no necesariamente aristocráticas en el más justo sentido de este término— en la historia. Las familias tradicionales tratan de proyectarlo y potenciarlo como ideología o proyecto-país, pero no se llega a consolidar porque lo problemático es que el mestizaje conlleva una fuerte carga histórica de discriminación y racismo. Trata de ser englobante, pero los históricamente subalternos se dan cuenta de su resabio histórico y terminan rechazándolo.

El mestizaje fue una etiqueta de segregación y es por eso que es muy difícil que ahora pueda tener, como pretende Mesa, un sentido de comunión (García Linera asevera que Mesa hace una defensa “moralizante” antes que académica de aquel, p. 55). Es decir que, aunque en la actualidad quiera tener un sentido englobante, ya arrastra una carga histórica excluyente, un mal recuerdo que pocos pueden pasar por alto: en el pasado el mestizaje sirvió para diferenciar, clasificar y agrupar a la sociedad. Hay que mencionar además que fue una etiqueta impuesta y no asumida por voluntad propia, aspecto relevante en cuanto a identidades se refiere. Por todo ello, porque la carga histórica del mestizaje supone jerarquización y por ende disputa en el espacio social, difícilmente el indígena contemporáneo lo asumiría como identidad transversal o hegemónica de la bolivianidad.

La verdad es que hasta hoy nunca se ha definido bien qué es ser mestizo, y es probablemente en esta ambigüedad donde radica su potencialidad política. Al tener dos criterios —el biológico y el cultural—, el mestizaje se vuelve flexible, líquido, elástico, y puede tener una infinidad de ejemplos particulares.

Como todo término vago y acaparador, cautiva a las masas que no se cuestionan a sí mismas, lo que significa este complicado y peculiar concepto. La misma colonia tuvo una idea equívoca de esa categoría y se sirvió de esta para legitimar ciertas relaciones de poder económico, social y político. Ya durante la República, y hasta bien entrado el siglo XX, el mestizaje estuvo relacionado con el encholamiento, práctica que no fue tan mal vista en tanto forma de complacencia sexual masculina, pero repudiada en tanto unión conyugal que diera como resultado descendencia o prole. La premisa de las élites era una especie de endogamia o hermetismo estamental que preservara a la raza de la “imperfección genética” indígena.

Lo que es evidente es que la categoría mestizo no se ha mantenido inmóvil o en un statu quo: en la colonia, en los inicios de la República, o incluso hasta bien entrado el siglo XX, estaba al medio de la jerarquía social (racial), es decir, entre el blanco y el indio, pero a medida que transcurrió el tiempo fue tomando el lugar del primero y desplazándolo, pues, como ya se indicó, nadie, por no incurrir en lo políticamente incorrecto, se autoidentifica ahora como “blanco”. En este sentido, es innegable que gran parte de la masa social biológicamente vinculada con las corrientes migratorias extranjeras se identifica hoy como mestiza.

Los intelectuales que dicen que Bolivia es una nación mestiza se apoyan en los datos de los censos de población y vivienda realizados últimamente, padrones que evidentemente muestran que cada vez menos bolivianos se autoidentifican como indígenas y cada vez más como mestizos, o por lo menos como no-indígenas. Pero yo creo que esa realidad estadística puede ser engañosa, pues, en una sociedad tan racista como la boliviana, ¿no querrán los indígenas de las generaciones más jóvenes adscribirse a una categoría social que les dé más prestigio y probabilidades de éxito

futuro? Decirle a un empadronador que se es mestizo y no indígena, o decirle que se es católico y no politeísta, ¿no serán maneras de “limpiar” el “oscuro” pasado indio de una familia a partir de ese momento, o de autoconvencerse de que se está más “arriba” que los padres y abuelos, y, por tanto, de que se puede tener éxito social en una sociedad globalizada a lo occidental?

Mi impresión es que muchos indígenas se autoidentifican como mestizos porque quieren olvidar su pasado y su genealogía, dejarlos atrás para siempre, con el fin de fundar un nuevo estatus en su familia, un nuevo hito, en provecho de sus hijos y de sí mismos. Saben que a la identidad indígena puede ponérsele un coto comenzando por el autoconvencimiento de que no se es indio. Luego ya podrán dar los pasos siguientes: volverse cristianos, vestir *blue jean* y corbata, dejar de frecuentar el campo... (No es poco importante decir que los caminos que el indígena busca para mezclarse con quienes poseen fenotipo blanco no son nada fáciles: muchas veces dependen solo de la suerte: relaciones económicas o de poder o un enamoramiento por demás extraordinario).

Por otro lado, muchos blancos también se dicen mestizos, pero no porque sientan que están en el mismo nivel de los indígenas, sino porque ya no pueden decir a voz en cuello que sus raíces son europeas. Entonces habrá que preguntarse si esa autoidentificación, que ciertamente es libre y nace de la voluntad propia, refleja la realidad social fielmente: ¿libera al boliviano de sus prejuicios y complejos?, ¿funde al indio y al blanco en un proyecto común de país? Lo que yo pienso es que ello representa una mentira que encubre la discriminación subyacente y que, de perdurar, reproduciría los rencores de raza que constituyen un problema que solo podría ser destruido por una filosofía liberal en la sociedad.

A todo esto debe añadirse que el debate sobre el mestizaje se ha manoseado tanto últimamente que ya se ha vuelto solo una bandera de reivindicación política. Los parlamentarios que lo defendieron lo hicieron confusamente, con pobre sofística y con una notable ignorancia respecto a lo que significa. Fue sobre todo un discurso político antes que una tentativa por explicar los vericuetos identitarios de la sociedad boliviana.

Probablemente la mayor evidencia del fracaso del mestizaje como discurso y como propuesta política esté en la irrupción contemporánea del indígena como indígena y no como sujeto híbrido. Las predicciones de Zavaleta Mercado, en este sentido, se cumplieron, al menos parcialmente: “Bolivia será india o no será”. La tentativa homogeneizadora del MNR fracasó; entonces la división entre el indio y el mestizo de clase media —quien fue remontando posiciones hasta constituirse en sujeto “blanco” y de clase alta— sigue estando latente, tal vez hoy más que ayer. En conclusión, el paraguas aglutinador del mestizaje, tal como lo propuso el MNR y que es en realidad el que se pretende abrir ahora sin ninguna renovación conceptual (quizás porque no puede renovarse), no ha podido funcionar: está perforado por las gotas ácidas de la realidad.

¿Cómo solucionar esta disputa sobre el mestizaje?

Primero, anteponiendo prioridades. Una de ellas es la función técnica del censo. Si bien un censo, para fines de estudio social, tendría también que ver con la psicología, los anhelos y las mentalidades colectivas, más debe tener que ver con lo objetivo, para el consecuente diseño de políticas públicas, la distribución de recursos y la asignación de escaños en el Parlamento. En una sociedad todavía no amiga de la lectura y la crítica como la boliviana, mejor sería dejar de lado las preguntas referidas a las identidades. Entonces, así como me parece engañosa la categoría de mestizo, también me parece otro tanto la de los pueblos autóctonos, que solo afirma un discurso político y no ha aportado nada hasta ahora en el desarrollo del país. Y es que, así como la antigua República boliviana vivió de espaldas a los indios, lo que ahora se quiere es construir un Estado que dé la espalda a los blanco-descendientes. Lo problemático es la ceniza de los recuerdos angustiosos y neuróticos que pretende borrar lo que hizo el antagonismo político; es ese recuerdo el que separa a la Bolivia nacional-popular de la liberal-conservadora. Y entonces es esta memoria porfiada la que alimenta el racismo con el que el subalterno racializó el censo, introduciendo categorías que buscaron exaltar lo autóctono, para defenderse de su situación marginal de siglos e incluso encauzar la historia a su favor, en contra del opresor.

Lo mejor sería eliminar del empadronamiento toda categoría de raza, no ceder ante la presión de los antropólogos y sociólogos posmodernistas que auspician la introducción de preguntas relacionadas con la casta o la clase. Ello contribuiría a no mantener en el imaginario colectivo la idea de las diferencias de color de piel y clase. La intelectualidad de blancos y de indígenas probablemente conoce instintivamente esta situación, pero debido a intereses políticos no dice ni hace nada para modificarla. De lo que hablamos es de un censo no homogeneizador, sino supresor de las razas y clases, que cuantifique a los bolivianos en función de su individualidad y sus necesidades particulares.

Como las sociedades no tienen un destino predeterminado, como todo puede acaecer en la historia y dado que el rumbo de los países solamente depende de lo que las personas ejecutan en su presente —y en contraposición de lo que pensaba Zavaleta—, el Estado Plurinacional puede caer mañana, al igual que la élite que lo apadrina, y Bolivia convertirse nuevamente en un país predominantemente dominado por la corriente liberal-conservadora. Ello no haría otra cosa que perpetuar la espiral viciosa de enfrentamientos que, si utilizamos un poco de imaginación, Bolivia arrastra desde el cerco de Túpac Katari. ¿Cómo será contada la historia que hoy se está escribiendo? ¿Se impondrá el relato de una de las dos Bolivias? ¿O se hallará un punto medio relativamente objetivo? No se sabe; el futuro siempre es una incógnita. La capacidad del ser humano de crear mitos y creer en ellos, instalarlos y reproducirlos en sus narraciones históricas es tremenda, en desmedro de la capacidad racional y crítica. En 1789, por ejemplo, la población de Francia pasó de creer ciegamente en el derecho divino de los monarcas a creer en la soberanía del pueblo. La manera de ver el mundo puede cambiar rápidamente.

En un mundo globalizado, con países cuyas fronteras están permeadas por la migración, la cultura, los transportes modernos y las telecomunicaciones, patinar sobre este tipo de debates resulta improductivo; los apellidos, las identidades cerradas y los abolengos debieran jugar hoy un rol muy secundario o inexistente. Pienso que lo que a este respecto asevera Vargas Llosa (2017) es cierto: las sociedades de América Latina tienen tantas identidades que empeñarse en buscar una o unas cuantas solamente termina siendo absurdo. Un latinoamericano puede tener todas las identidades que quiera; las identidades son formas volubles y en constante cambio, necesitan renovarse, alimentarse de sí mismas y de las demás, porque de otra forma quedarían fosilizadas, congeladas, inaptas para preservarse en la historia. En el marco de la libertad, un ser humano puede tener todas las fidelidades que desee, muchas veces contradictorias entre sí en relación con las circunstancias en las que los sujetos se desenvuelven, pero siempre fruto de su albedrío. El debate sobre las identidades es un debate bizantino; sus criterios no armonizan con el espíritu de hoy.

Ya no valen tanto las cifras de producción, de eficacia industrial y financiera, sino la ejemplaridad de una sociedad, en su carácter pacífico y su actitud humana. Eso es lo que las hace verdaderamente ricas. Tampoco ya vale la cuna, solo el mérito. Y es probablemente la doctrina liberal la que mejor vela por este.

V. Discusión

Ya lo dijo Diez de Medina (1947) en su *Thunupa*: “Bolivia busca su expresión, padece hambre de unidad, sed de coherencia” (p. 7); realmente nuestra historia es una búsqueda de origen, de procedencia. Sin embargo, por lo pronto, y para evitar mayores crisis existenciales, será mejor despedir la utopía, aceptar que la nación boliviana no existe. Porque junto con Dinesen (como se citó en Arendt, 1993, p. 11), creo que una de las mayores trampas de la vida es la propia identidad. Y, sobre todo, la identidad nacional. Es una trampa viejísima, pues desde hace decenas de miles de años el ser humano ha venido inventando mitos que lo han ido liberando de crisis existenciales o cargas de conciencia, o ayudado al gobierno de las sociedades; uno de esos mitos es el nacionalismo, la creencia de que ciertos seres humanos encerrados en fronteras artificiales deben caminar juntos, de manera exclusiva respecto a quienes no forman parte de la tribu. Todo nacionalismo termina siendo un constructo social que sirve eficazmente para dominar y cohesionar a la tribu. El valor de la nación, al igual que el del dinero, el de las leyes y los códigos humanos o el de los derechos humanos, no existe más que en la imaginación de quienes creen fervientemente en él como un valor definitivo y absoluto.

La sociedad boliviana no es sino una relación histórica de hechos: algo que no se puede definir sino como parte del devenir humano, un devenir que hay que aceptar sin más: ambiciones, miserias, actos de altruismo, guerras, etcétera. Porque la historia nunca debe cuentas a nadie: es lo que es y así se la acepta. No hay razones telúricas ni teleológicas de la bolivianidad, existe el azar de los hechos consumados en una realidad

presente que hay que asimilar. Como dijo Octavio Paz (1950), pero reemplazando el gentilicio mexicano: “El mexicano [boliviano, en este caso] no es una esencia, sino una historia” (p. 203).

V. Conclusiones

La independencia fue solo para los criollos; es por eso que no se pudo —ni se quiso— crear una sociedad moderna. Incluso los periodos estelares de la República (la Confederación Perú-Boliviana, la Revolución Nacional, Octubre de 1982, la llegada del MAS en 2006) no pudieron zanjar los resentimientos que hay todavía entre las clases sociales y las etnias. Aun así, o más bien por eso mismo, hay que caminar hacia adelante sin regañadientes, sin pensar que Bolivia es una nación que tiene una meta trazada por la mano del destino, pues de seguir pensando eso el boliviano continuará siendo prisionero de una mentira. La actitud crítica frente a su realidad, en cambio, lo hará libre.

Hay que estudiar la historia, pero no para tratar de regresar al pasado, a nuestro propio ser, sino para aprender de ella. En casi todas las revoluciones existe un afán por retomar los orígenes, la esencia de un pueblo, el utópico pacto entre los iguales; se pretende restaurar el pasado y hacerlo vivo en el presente, rectificar la historia, volver al momento inaugural, a la primigenia edad de oro, pero generalmente sin ideas viables. Es por eso que una vez en el gobierno, la revolución se hace paternalista y funda otra religión, una liturgia que hipnotiza mentes y socava la acción crítica. Al final, no es sino una farsa de regresión a formas premodernas.

Referencias

- Albarracín Millán, J. (1978). *El gran debate: positivismo e irracionalismo en el estudio de la sociedad boliviana. Sociología boliviana contemporánea*. Tomo 2. Universo.
- Arendt, H. (1993). *La condición humana*. Paidós. (Obra originalmente publicada en 1958).
- Arguedas, A. (1997). *Pueblo enfermo*. La Paz: Juventud. (Obra originalmente publicada en 1909).
- Arzáns de Orsúa y Vela, B. (1965). *Historia de la Villa Imperial de Potosí*. Edición de Lewis Hanke / Gunnar Mendoza. 3 v. Brown University Press (Obra originalmente publicada en 1705).
- Baptista Gumucio, M. (2021). *Vida y reflexiones de Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela (1676-1736)*. Plural.
- Barragán, R. (2009). Más allá de lo mestizo, más allá de lo aymara: organización y representaciones de clase y etnicidad en La Paz. *América Latina Hoy*, 43. <https://doi.org/10.14201/alh.2474>
- Barragán, R. (1991). *Entre polleras, llicllas y ñañacas: Los mestizos y la emergencia de la tercera república*. Congreso Internacional de Etnohistoria, 2. Sociedad Boliviana de Historia

Antropólogos del Sur Andino Grupo de Historiadores aymaras Instituto de Historia Social Boliviana.

Claros, L. (2017). *Traumas e ilusiones: El “mestizaje” en el pensamiento boliviano contemporáneo*. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.

Condori, E. (19 de marzo de 2022). El vicepresidente está ‘contra los k’aras’ e insta a no dejarse guiar por las redes sociales [Comunicado de prensa]. *La Razón*. <https://www.la-razon.com/nacional/2022/03/19/el-vicepresidente-esta-contralos-karas-e-insta-a-no-dejarse-guiar-por-las-redes-sociales/>

Diez de Medina, F. (1947). *Thunupa*, Gisbert.

García Linera, A. (2014). *Identidad boliviana*. Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.

Mesa, C. (2013). *La sirena y el charango: Ensayo sobre el mestizaje*. Gisbert.

Paz, O. (1950). *El laberinto de la soledad*. Fondo de Cultura Económica.

Pérez Munguía, Juan (30 de agosto de 2022). El Mallku es declarado héroe en La Paz y surge la polémica [Comunicado de prensa]. *Página Siete*. <https://www.paginasiete.bo/nacional/el-mallku-es-declarado-heroe-en-la-paz-y-surge-la-polemica-HD3849944>

Qhispi Wanka, F. [Felipe Quispe Huanca] (1990). *Tupak Katari vive y vuelve carajo*. Ediciones Ofensiva Roja.

Real Academia Española. (s.f.). Racismo. En *Diccionario de la lengua española*. Recuperado en 12 de marzo de 2022, de <https://dle.rae.es/racismo>

Reinaga, Fausto (1970). *La revolución india*. Fundación Amaútica Fausto Reinaga.

Rivera, S. (2018). *Un mundo ch’ixi es posible: ensayos desde un mundo en crisis*. Tinta Limón.

Tamayo, F. (1997). *Creación de la pedagogía nacional*. Juventud. (Obra originalmente publicada en 1910).

Vargas Llosa, M. (2017). Mario Vargas Llosa, sobre Gabriel García Márquez. *Cervantes virtual* [video]. <https://www.youtube.com/watch?v=BcDlwT7Clyw>